

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII

Abril de 1951

Núm. 310

Puntos de vista

Bimilenario de París

En uno de los barrios de París, cercano al islote fluvial en que se halla hoy Notre Dame, existen todavía unas viejas ruinas del tiempo del César. Son las arenas de Lutecia sobre cuyas desmoronadas murallas se ha deslizado el sol de dos mil primaveras.

Es una curva magnífica que va desde nuestro tiempo a los días en que un montón de gentes pegadas a la gleba mollar de este rincón regado por el Sena resistían al caudillo romano. Fué el punto de partida. Después, aquel lugar llamado Lutece—nombre primero de París—se fué ensanchando bajo el manto propicio de un clima ideal, se extendió a lo largo de las riberas y comenzó a construir su propia historia, que es, en suma, la historia del hombre occidental.

En los frescos de Puvis de Chavannes han quedado fijadas para siempre las etapas de estos primeros tiempos. Santa Genoveva la preserva en el año 451 del furor de los hunos. Más tarde, en tiempo de Clovis, la ya floreciente capital es devastada por los normandos. La vemos luego encerrarse tras las murallas góticas. Posteriormente amplía su recinto y el anillo protector se abre incontenible ante el progreso de la vieja Lutecia.

Los nombres de San Luis, de Carlos V, de Francisco I, de Luis XII han de venir necesariamente al recuerdo para unirlos al

desenvolvimiento sucesivo del burgo. Ellos, como nadie, contribuyeron a embellecerlo, a darle tono, a rodearlo de ese ambiente que mana de las viejas piedras, de las torres airosas, de los arcos góticos, de los puentes cargados de historia.

Más tarde otros hombres de espíritu, animados por el ideal de belleza, conscientes de que hacían historia en ese paisaje urbano lleno de recuerdos y de tradición, siguieron la línea de sus antecesores. Fueron Luis XIV, Luis Felipe, Napoleón III. Embellecieron a la capital de nuevos monumentos, de jardines, de plazas y calles. Como un pulpo tenaz París se extendía y abrazaba nuevas tierras. La historia seguía su marcha. En 1814 París fué ocupado por los ejércitos aliados. Tras la derrota de Waterloo, un año después, entran los prusianos y los ingleses. En 1856 se firma el tratado de paz de Crimea. En 1870-1871 se produce el sitio de París y posteriormente los acontecimientos de la Comuna. Durante la Gran Guerra (1914-1918) París se vió amenazado, pero su heroísmo salvó a los ejércitos aliados. En nuestros días vino la ocupación alemana (segunda guerra mundial) y después, en un gesto magnífico, la liberación.

Esta es la historia contada escuetamente.

Pero París no es sólo historia guerrera, ni progresión material. París tiene un espíritu y eso es en resumidas cuentas lo que más vale y lo que ha servido de lección a la humanidad entera.

París es hoy la ciudad más hermosa del mundo. Y, como ha dicho un escritor eminente, la ciudad hecha a la medida del hombre. Si un pueblo puede merecer el título de continuador de las glorias de la Atenas clásica, ese pueblo es París.

Todo contribuye a darle esa jerarquía: su historia llena de hechos gloriosos, sus paisajes dulces y serenos, su cielo de gris perla, la suavidad de su clima, sus monumentos envueltos en la pátina del tiempo, el abrazo amoroso de sus ríos, la cortesanía de sus gentes, su posición estratégica en el cruce de los caminos de Europa y, sobre todo, su juventud perenne.

Aquí reside la paradoja.

Dos mil años de vida y un espíritu pimpante y risueño de adolescente. París ha encontrado el secreto la urbana insenescencia. Pocos son los pueblos que puedan decir otro tanto. Las ciudades vetustas viven de sus recuerdos y de la evocación del pasado. París es distinto.

En el momento en que se produce la efemérides de su doble milenio, tras sucesos adversos y felices, su sonrisa es la risa juvenil, un poco frívola en la apariencia, pero llena del sentido profundo de la vida.

Sus avenidas, sus plazas, sus jardines equilibrados por el genio cartesiano de Le Notre, sus puentes, sus museos, son el cuerpo material en donde se refugia el espíritu gracioso y gentil.

La ciudad está impregnada todavía de la savia poética y courtois de Ronsard, de la gracia farsesca de Rabelais, de la picardía de Villón. Vemos después la serenidad de Poussin, la contención y la medida de Racine, lo multitudinario de Callot, el humor de Molière y las maneras cortesanas impuestas por Luis XIV.

Todo distinto, todo diferente y, sin embargo, cargado de férrea unicidad. Amor a la tradición y al mismo tiempo, ansia de evolución. Una fuerte voluntad de ser iguales a sí mismos, pero sin renunciar al matiz diferenciador. ¿Qué hay entre Montaigne y la Bruyère, entre Racine y Montesquieu, entre Stendhal y Anatole France? Nada, al parecer, pero el hilo conductor de la tradición los une a todos. Sobre el paisaje fabuloso de la ciudad se yerguen las sombras augustas de los genios.

Las riberas del Sena han visto deambular a los impresionistas y en sus merenderos, en sus barcas dominicales, hemos visto a Manet, a Renoir, a Monet, a Sisley. En los cafetines desfilan aún los tipos de Toulouse-Lautrec. En los escenarios de los teatruchos de barrio, las mujeres de Degas.

Pero antes y como cerrando el ciclo del ANCIEN REGIME ha vibrado la melancolía dorada de Fragonard, de Watteau y, prendida en los salones del rococó, la gracia nacarada de Boucher.

De París ha venido la lección universal. El mundo ha tratado

de tomar la gran ciudad como resonador. En sus teatros se ha acrecentado la gloria inmarcesible de los dramaturgos nórdicos. El naturalismo zolesco y el parnasianismo de los poetas del siglo XIX, la desmesura de Víctor Hugo y la sutilidad de Verlaine, el satanismo de Baudelaire y la hermética expresión de Mallarmé han salido de esa ciudad faro hacia la conquista de la notoriedad universal.

Y luego los músicos: Rameau, Couperin, Massenet, Berlioz, Chopin, Debussy, Ravel...

Y junto a ellos los arquitectos, los jardineros, los gastrónomos y los sabios, los ensayistas, los METTEURS-EN-SCÈNE, los actores, los CHANSONNIERS.

No todos han nacido necesariamente en París. Pero ha sido París el medio propicio para la eclosión del genio. Watteau nace en Flandes, habrá empero algo más dentro del espíritu parisiense que su pintura. Marquet ve la luz primera en Burdeos, pero la luz de sus paisajes es la de las márgenes del Sena.

Una nota escueta no podría acoger la multiplicidad de aspectos. Sirva la fecha bimilenaria, al menos, para que nuestra revista registre en su página editorial la gloriosa y universal efemérides.